

Lamberto Maffei

Alabanza de la lentitud

Traducción de Carlos Olalla Linares



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Elogio della lentezza*
Traducción de Carlos Olalla Linares

Primera edición: 2016
Primera reimpresión: 2018

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 2014 by Società editrice Il Mulino, Bologna
© de la traducción: Carlos Olalla Linares, 2016
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2016, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-218-1
Depósito legal: M. 31.004-2015
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	1. Tortugas a vela
19	2. La parábola del cerebro
39	3. El hemisferio del tiempo
69	4. Bulimia del consumo, anorexia de los valores
99	5. Creatividad
119	Conclusiones
121	Notas

1. Tortugas a vela

Llamadme como gustéis, carece de importancia, pero yo, como Ismael hace algunos años, no importa cuántos, con poco dinero en el bolsillo y nada que hacer, hallándome en Florencia por razones de trabajo, decidí visitar el Salón de los Quinientos¹. Habría podido tomar la vía del mar igual que Ismael, pero el mar quedaba muy lejos y el viaje a Viareggio me habría llevado varias horas. También yo, cuando me vence la melancolía y me persiguen sin razón alguna los pensamientos tristes, busco refugio en la belleza y no hay Prozac que valga. Un museo de arte produce más serotonina que un fármaco cualquiera.

A los museos voy como mero espectador, sin guías, ni humanas, ni electrónicas, ni de papel, que me aconsejarían más lo que les gusta a ellas que lo

que me gusta a mí. No tengo el problema de abonar la entrada porque una de las pocas ventajas de los años es que la entrada a los museos o está reducida o es gratuita. La circunstancia de no pagar es una mezuquina invitación al placer que tiene un atractivo nada desdeñable. Me gusta vagabundear por los museos, dejar que la mirada se mueva libremente y se detenga allí donde se sienta atraída por formas o colores.

En el Salón de los Quinientos –de cincuenta y cuatro metros de largo, veintitrés de ancho y dieciocho de alto– se puede vagar lentamente, *ad libitum*.

Uno rebusca primero en su cabeza pinturas memorables como *La batalla de Cascina* o *La batalla de Anghiari*, vuelve a verlas, no tanto en la pared del salón donde tendrían que estar como en su mente, y le gustan igual.

No es cierto que sólo los ojos sirvan para ver. Es sabido que la memoria y el mensaje de la retina descargan sus imágenes en la misma zona de la corteza visual.

Durante mi vagabundeo por el Salón de los Quinientos descubro en el techo unas imágenes extrañas que me sorprenden y me atraen. Se trata de unas tortugas que llevan sobre el caparazón una enorme vela hinchada por el viento. Hay muchas por el techo y las paredes, y si uno mira con atención descubre también la leyenda que las acompaña: *festina lente* («apresuraos con lentitud»).

1. Tortugas a vela



Fig. 1. *Frescos de Giorgio Vasari (c. 1560).*

Entonces comienzo a recordar algunas lecturas antiguas: ¿qué querrán significar estos frescos de Vasari y sus ayudantes? Los mandó pintar Cosme I de Médicis (1512-1574) para simbolizar su modo de actuar y su pensamiento, expresado por una frase latina que Suetonio atribuye a Augusto, aunque se trata de un proverbio sapiencial de la época, *festina lente*. En efecto, la tortuga simboliza la lentitud; y la vela hinchada por el viento, la velocidad.

En la navegación a vela está la acción y al mismo tiempo la poesía de la acción. «*Le vent se lève!... il faut tenter de vivre!*», escribe Valéry. Un conjunto de contradicciones, de oxímoros, que en el pensamiento de Cosme I significaban «piensa y reflexiona antes de emprender acciones de gobierno».

En un mundo que corre vertiginosamente, con lógicas muchas veces incomprensibles, se nos plantea con fuerza el problema de la lentitud, como una meta del pensamiento y del camino a recorrer.

Caminar a mayor velocidad no equivale a conocer mejor lo que ofrece la vía y nadie quiere llegar antes al final de su propio camino.

En el Salón de los Quinientos reduje el paso y dejé volar la mente a ciertos fragmentos de conocimiento.

El latín *otium*, literalmente «ocio», se contrapone al término *negotium*, «no ocio», entendido como actividad laboral. Aunque con el tiempo el término se ha convertido en un sinónimo de pereza o inercia, el ocio no siempre se interpretó en clave negativa, ni se asoció a los peores vicios cuyo padre acabaría siendo, sino que se entendía como un tiempo libre para reflexionar, para estudiar, para pensar. *Scholé* decían los griegos, tiempo para reflexionar y hablar con Sócrates y extraer de nosotros mismos, mediante el arte de la mayéutica, las verdades ocultas.

Cuando la realidad presente se traduce en correr hacia metas poco claras e incluso misteriosas, escribir

tweets o sms, enterarse de noticias por la televisión sin tiempo de plantearse si se trata de una información verdadera o manipulada, me entran ganas de recorrer el tiempo en sentido inverso, huir de una cultura fundamentada en la rapidez de la comunicación visual y regresar al ritmo lento del lenguaje hablado y escrito.

La comunicación visual se caracteriza por la rapidez y puede dar la sensación –sólo la sensación– de veracidad: «lo vi con mis propios ojos» o el actual «lo he visto en la televisión» expresan bien esa impresión.

Como olvidamos que el cerebro es una máquina lenta, el deseo de emular a las máquinas rápidas que nosotros mismos hemos creado se convierte en fuente de angustia y de frustración. En cambio, como escribía Goethe, la felicidad suprema del pensador está en sondear lo sondable y venerar en paz y tranquilidad lo insondable².

En realidad, sabemos que, precisamente por su filogénesis, el cerebro humano posee tanto mecanismos de respuesta al medio, ancestrales y rápidos, automáticos o casi automáticos, como otros más lentos aparecidos con posterioridad. Los primeros son en gran medida inconscientes; en cambio, los segundos son fruto del razonamiento. Sin embargo, de una forma completamente contradictoria, parece que las sociedades que llamamos avanzadas tienden a situar a los primeros, los rápidos, en un pues-

to predominante, y es opinión generalizada que el hecho de subrayar el valor de los segundos, los lentos, invierte la flecha del progreso, de las aspiraciones y de nuestra filosofía –incluida la filosofía de la ciencia–, y que se trata únicamente de una actitud semejante a la añoranza del pasado.

En semejante situación ir a contracorriente cansa, aunque seguir al rebaño pueda resultar triste y ofensivo para el cerebro y producir una insatisfacción que acabe en síntomas depresivos.

Séneca escribía en el *De vita beata*: «*Nihil ergo magis praestandum est quam ne pecorum tiru sequamur antecedentium gregem*». («Nada debe preocuparnos tanto como seguir cual ovejas al rebaño que nos precede»).

En este librito me gustaría reflexionar sobre los mecanismos cerebrales que guían las reacciones rápidas del organismo humano, tanto sobre los de origen genético como sobre los más lentos, seleccionados por la evolución y por el propio ser humano mediante la evolución cultural. Me propongo analizar las ventajas y desventajas de una civilización en la que, al parecer, predomina la rapidez de las relaciones y de las decisiones, y en la que prevalece el hacer sobre el pensar. Algunos viejos ingenuos como yo sostenemos incluso que los dos modos de proceder deberían utilizarse uno detrás de otro y que el pensamiento precede a la acción. Pero no hay que preocuparse, porque somos un grupo de

individuos obstinados pertenecientes a la era analógica, la del lenguaje y la escritura, que no se ha percatado de la llegada de la era digital, la de los nanosegundos, en la que se oprime una tecla y se produce el milagro de la transmisión del mensaje y del consecuente acontecimiento. Por desgracia aún no se puede apretar una tecla para lograr que piense el cerebro, una máquina obsoleta en la era digital, aunque, a mi modesto parecer, todavía útil cuando se tiene el acierto de ponerla a funcionar. Ni siquiera en los escaparates de las grandes tiendas modernas de Tokio y Nueva York, donde se exhiben los nuevos y prodigiosos instrumentos de comunicación, he visto instrumentos electrónicos capaces de sustituir al viejo cerebro. Una sociedad que compite con la biología está destinada a perder.

Quiero adelantar la idea de que un predominio excesivo de los mecanismos rápidos del pensamiento, que llamaremos «pensamiento rápido» o digital, puede acarrear soluciones y actuaciones erradas, males para la educación y en general para la vida civil, porque introduce en la mente humana el sueño de un dominio casi sobrenatural de la naturaleza y del propio hombre, cosa que, debido a las evidentes limitaciones biológicas, no puede producirse. Invito a reconsiderar las posibilidades del llamado «pensamiento lento» basado principalmente en el lenguaje y la escritura, incluso para la enseñanza en los colegios.

Hace unos cien mil años, cuando la evolución de la especie humana conquistó la palabra con los mecanismos cerebrales del hemisferio izquierdo del cerebro, surgió el pensamiento lógico, la estructuración temporal del pensamiento.

La estructuración temporal del pensamiento, la reflexión, la lógica matemática, el deseo de conocer la naturaleza y la medicina son, si se me permite un término poco adecuado, adornos, joyas añadidas a la naturaleza humana que tienen, cierto es, valores de supervivencia relativos, pero que convencen al hombre, o por lo menos a ciertos hombres, de que es un animal especial, excepcional. Una idea probablemente equivocada que ha guiado la construcción de todas las civilizaciones. Yo estoy convencido de que somos como los restantes animales, aunque tenemos el deber de valorar las características propias de nuestra especie. En el fondo, no sabemos volar o correr por la sabana o vivir en las profundidades marinas, rasgos peculiares de otros animales.

Se nos han dado la lógica, la matemática, la contemplación, la poesía, y yo digo: conservemos rigurosamente estas características.

Veo un alcotán circunvolar por el cielo con lentitud y elegancia, como si explorara el suelo con su agudísima mirada³, y vaga y vaga con una paciencia infinita hasta que de pronto se precipita a tierra a gran velocidad... y se eleva con una presa. Ha pensado y vuelto a pensar, ha hecho su análisis y luego,

1. Tortugas a vela

con rapidez, ha ejecutado la decisión tomada con sabiduría eficiente, ¡como si *festina lente* fuera su estrategia de pensamiento!

¡La biología es una gran maestra para el observador atento!

2. La parábola del cerebro

Once and Future King

En su libro *Ontogenia y filogenia* (1977), Stephen Jay Gould explica un cuento que ilustra bien la enorme y duradera plasticidad del cerebro humano, el hecho de que se mantenga niño para siempre. El cuento está tomado del libro de T. H. White, *Once and Future King*, publicado en español con el título de *Camelot*. El título inglés alude a una presunta inscripción de la tumba del rey Arturo: «*Hic iacet Arthurus rex quondam rexque futurus*». La obra narra la infancia y la gesta de Arturo, y en la última parte encontramos un relato de la creación de los animales en el que se cuenta que al principio Dios creó muchos

embriones, los convocó delante de su trono y les preguntó qué características y qué defensas deseaban para posibilitar su vida y su supervivencia. Todos los embriones eligieron diversas características, salvo el embrión de hombre, que no eligió ninguna. Entonces Dios lo llamó y lo invitó de nuevo a elegir, pero el embrión de hombre dijo que quería quedarse como estaba, en embrión, como lo habían creado, porque si Dios lo había creado así, sus motivos tendría. Dios elogió su elección y dijo que sería embrión hasta la tumba, pero que los demás animales serían embriones sujetos a su fuerza. He aquí por qué el hombre conserva durante toda la vida las características neotécnicas, y con ellas, la curiosidad, la sed de conocimientos y, hasta cierto punto, el comportamiento propio de un niño. Desde el punto de vista evolutivo, aquella elección determinó algunos ajustes tan importantes como la larga duración de la infancia y el cuidado de los padres. El gran truco de la prolongada infancia del hombre hizo posible su gran cerebro. En efecto, el periodo de mayor plasticidad del hombre, un periodo crítico, dura muchos años, en tanto que el de los animales se resuelve en semanas o meses. En resumen, el embrión de hombre decidió en un acto de enorme valor quedarse tal cual durante una decena de años, con el objetivo de formar su cerebro tanto funcional como estructuralmente. Por fortuna, la evolución hizo posible esta elección inven-